

# Saurio, manatí, sirena

Adriano González León

QUISIERA HOY PARTIR PARA LA ISLA DE CUBA, ANOTA CRISTÓBAL Colón en su *Diario*, el 25 de octubre de 1492, así, con la simpleza de quien planea sus vacaciones o el alarde poético de aventureros posteriores como Rimbaud, o señas de turismo alardoso a la manera de Blaise Cendrars. Conmueve la naturalidad del Almirante, o la naturalidad del padre Las Casas, que realizó la transcripción. Hace más de quinientos años, dice uno, la gente iba así, con un deseo amoroso y definitivo, al lugar que los nativos de Guanahani llamaban *Colba*, que en un extremo fue *San Salvador* y que también llamaron *Bofío*, aunque no era ése el nombre de una isla, según aclara Fray Bartolomé, sino que la *palabra denota las casas en que viven*.

Las noticias y las murmuraciones siguieron confusas, o los copistas anotaron mal, pero es muy creíble esta primera versión: *es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto, llena de muy buenos puertos y ríos hondos, y la mar que parecía que nunca se debía de alzar porque la hierba de la playa llegaba hasta casi el agua, la cual suele llegar donde la mar es brava*. Y Colón la llamó Juana, en honor al príncipe Don Juan, antes de partir a La Española. Pero según su testimonio vio allí hombres *muy flacos de corazón*.

¿Percibía ya el Almirante la inundación sensible, la multiplicación de los poetas, el esplendor sonoro de la tierra después llamada *soberana*? Es posible. El marino de las doce cunas y cuatro sepulturas era visionario, pensaba en las tierras del Gran Can y escuchaba mal, porque los nativos mentaban Cubanacán, y según dice Las Casas, en su *Historia de las Indias*, *entendíalo muy al revés*. Nadie puede confirmar las sensaciones, los olores, las imágenes, las tentaciones del mar. Los taínos comían ají y pensaban que los hombres venían del cielo.



De varios modos, está la isla. Pero es una sola con su cara

de saurio, iguana o reptil, según aparece en los mapas del cartógrafo Juan de la Cosa. Según aparece ahora, abierta hacia el canal llamado de los vientos. Todos los prodigios pueden ocurrir. Esperemos que soplen esos vientos. Puede haber, como escribía el Almirante en su diario de viaje, una gran *virazón*



También, como el Almirante, aunque más desvalido, yo quise ir a Cuba. Había tres motivos fundamentales, los acumulados desde la infancia, luego en los bailes liceístas y después en las primeras enseñanzas políticas y literarias. El día miércoles 22 de octubre de 1941 estábamos varios muchachos en un pueblo de Venezuela llamado Valera, frente a un radio Philco, de ojo mágico. Se decidía la IV Serie Mundial de Béisbol Amateur y nuestro equipo venía de empatar el primer puesto con la novena más espectacular, el equipo cubano. Solamente una locura podría hacer posible un triunfo sobre un conjunto que había ganado dos series anteriores y ofrecía en la *lomita*, como lanzador, a ese guajiro extraordinario llamado Conrado Marrero, que además picheaba en su propia casa. A las tres de la tarde, treinta mil espectadores llenaban las tribunas del estadio La Tropical de La Habana. El zurdo José Pérez Colmenarez abrió la batería por Venezuela y consiguió ir a la primera base por bolas. El ojo verde del radioreceptor se fruncía, daba paisajes lejanos, tenía color animal, parpadeaba. Se iba la onda y nos venía un aire en el estómago. Un temblor. Oímos que Luis Romero Petit cayó con un *foul fly* cerca de la tercera base. Era el primer *out*. El tercer bate, Héctor Benítez Redondo, recibió otro boleto y Pérez fue a la segunda. El Philco comenzó a tronar de nuevo. Cada quien quería arreglarlo. Los muchachos nos mentábamos la madre unos a otros. Había que buscar un culpable. Al fin vino la onda justo para anunciar que Chucho Ramos metió entre *left y center* un cañonazo que llevó a la goma a Pérez y Benítez. Él llegó a tercera y después entró en *home* gracias a un tremendo tubey de José Antonio Casanova, en lo más profundo del *center field*. Eso bastó. Daniel Canónico, nuestro lanzador, contuvo genialmente los bateadores contrarios hasta el noveno *inning* cuando Rodríguez metió un cohetazo doble por el jardín derecho y después un roletazo de Rafael Villacabrera, que se perdió en el *center*, lo llevó hasta el *home*. Los muchachos estábamos temblando frente al ojo mágico. Pero Natilla Jiménez murió en el último *out*. *Venezuela había ganado la Serie Mundial*. Un país triste y golpeado por las dictaduras, lejos del resplandor de los héroes de la Independencia, sin que todavía Rómulo Gallegos estuviera totalmente alzado en la cresta de sus novelas, un país que aún padecía las últimas fiebres del paludismo y era explotado por las compañías petroleras internacionales, obtenía repentinamente un punto de honor, un regocijo, a través de sus atletas. Todo el mundo salió a las calles a festejar. Pero no era solo el triunfo de los nuestros. Era que el triunfo se obtuvo sobre el equipo de Cuba y Cuba era lo más grande en el béisbol, y sobre todo era la nación hermana. Por eso, como el Almirante, había que viajar a Cuba.



En los primeros bailes del barrio, se trataba de alcanzar el paso más chévere. En la victrola de la vecina sonaba el *uno, dos y tres*, mientras se repetía: *¡el de mi conga es!* Pero eso resultaba muy lejano. Borroso. Eran los mayores los que bailaban con Lecuona y la Casino de la Playa. Uno se contentaba con decir ¡Cubita, la bella!, porque así sonaba en los anuncios radiales y de vez en cuando una serie de misterio, en la CMQ, anunciaba a Chan Li Po. Sonaban sonando los sones y el locutor hacía chistes coloraos y anunciaba el Partagás redondo. Decían que por la noche se encendían muchas luces. La gente izque no dormía por culpa de la música. Y además, se jugaba el mejor béisbol. ¡Había que ir a Cuba!



Y entonces dijeron después, en los libros o en las clases, que llegó un caballero y no preguntó donde se comía ni donde se dormía en Caracas sino donde quedaba la estatua de Bolívar. En la noche, la plaza estaba solitaria. En el centro, sobre su caballo, el héroe. Tenía poco tiempo allí, desde que el gobernante Guzmán Blanco lo instaló, junto a las ramas de los matapalos y los pomarrosos. Dicen que el viajero lloró. Algunos exagerados agregan que el bronce lo acompañó en su congoja. Tratándose de los dos, puede ser cierto. Eran Bolívar y José Martí.



Mi pueblo, o mi ciudad, como pomposamente le decíamos, era animada en las calles del comercio y en las retretas dominicales, donde sonaban los pasodobles al lado de los preludios y los clarinetes desafinaban y Don Miguel Arias, pulcro e imaginativo director, compraba billetes de lotería municipal, justamente en el *tempo* de los *intermezzo*. La ciudad tenía aleros muy gratos. Estaban domesticados, de todos modos, por la solemne largura de las torres. Ellas nos empujaban hacia las nubes. Se trataba de una réplica gótica, que todos hicimos nuestra, con absoluta legitimidad, sin que nadie supiese qué demonios era la Edad Media. Por allí andábamos en el primer año de bachillerato, con visitas a la Biblioteca Municipal “Carmen Sánchez de Jelambi” y las conversaciones con el maestro Floirán, un obrero de la construcción, que decía que la *vaina no era así como estaba y que los explotadores tendrían que pagar caro sus vejámenes*. A uno le gustaba eso, porque de paso leía cosas astrales, un libro extraño llamado *Cristo, el anarquista* y las novelas prohibidas de Vargas Vila. Ya comenzaban a filtrarse los *Veinte Poemas de Amor, Antónito el Cambario* y también *La Madre*, de Gorki, y los informes de lo que había sido la dictadura de Gómez, los horrores del falangismo, así como los crímenes de los nazis, cuya reseña yo leía en voz alta para los viejos de mi esquina, en revistas como *Hazañas de guerra* y *En Guardia*. Don Silvio, el Padre Contreras y Don Jorge, celebraban las victorias de los aliados occidentales. Pero no tanto las victorias soviéticas. A mí, quizás por influencia del maestro Floirán, también me gustaban esas victorias.



Una tarde, después de clase, no sé por qué, caí en una calle del barrio La Peineta. Había un local con mucha luz, unos bancos en fila como en las escuelas públicas y las paredes cubiertas de retratos muy orondos y furibundos. Debajo de un viejo lleno de barbas podía leerse: Carlos Marx. Luego, más allá, en una biblioteca, otro viejo con un letrero que decía: Federico Engels. Y un poco más allá, una fotografía con una inscripción: “Lenin y Stalin en Gorki, cerca de Moscú”. Ninguno de esos viejos me causó gracia. Sabía neblinosamente lo que significaban. Pero no. En la pared de la izquierda, un cartel grande –hoy llamado poster o afiche– mostraba a un joven circundado por una bandera con una estrella pintada. Tenía un rostro aguerrido y singular. Debajo decía: “No importa que esta bandera caiga, porque habrá miles de manos que se levantarán”. Yo me quedé admirado y pensativo. Sentí a alguien detrás de mí y había un personaje distinguido que me observaba con satisfacción. Le pregunté: ¿Quién es éste? Y el me dijo: Es Julio Antonio Mella, un héroe de la lucha cubana. Y yo le dije: ¿Cómo se llama esto? Esto es la Unión Popular Venezolana. Yo quiero ser de aquí, le dije firmemente. Por eso, después, había que viajar a Cuba.



La Dictadura de Marcos Pérez Jiménez se había derrumbado en Venezuela. Los presos abandonaban las cárceles y llegaban los exilados. Los estudiantes salíamos de la resistencia clandestina. Todo era fervor y entusiasmo. Y solidaridad a toda prueba. Un grupo arriesgado cayó en una intentona de invasión a Santo Domingo. Había que ayudar a los guerrilleros cubanos. En las calles se recogía un bolívar para la Sierra Maestra. Y a la Sierra llegaron armas y medicinas. Después se produjo lo que había sido increíble: los barbudos entraban triunfalmente a La Habana para regocijo continental. Desde temprano se instaló un estilo nuevo. O algunos lo creíamos así. En abril de 1960 yo escribía, en una nota de redacción del número siete de la revista *Sardio*, lo siguiente: *Cuba es un caso de locura. Y vamos a admitirlo. No hay duda que se trata de una ruptura con una razón política tradicional... Cuba es un caso de locura porque su proceso ha ido más lejos que los cálculos de determinados teorizantes, que parecen más preocupados en hacer pasar por armas revolucionarias la demagogia de un arte y una literatura falseados por el cartel, antes que realizar, dentro de los tonos políticos específicos que les corresponde, un estudio severo de las estructuras socio-económicas de Latinoamérica. Cuba es inexplicable para quienes han permanecido apegados a fáciles esquemas de la revolución, a principios considerados como intangibles, haciendo traición la dialéctica.*



Para el año 62 la lucha armada ya era una opción en Venezuela. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), casi todo el Partido Comunista, algunos sectores de Unión Republicana Democrática y los intelectuales progresistas, compusieron el Frente de Liberación Nacional, con su brazo armado FALN, dividido entre los guerrilleros de las montañas de Falcón y Lara, y las Unidades Tácticas de

Combate en los centros urbanos. Se copiaba al pie de la letra el esquema de otros movimientos de liberación que comenzaban a sonar en América Latina, Asia y África. La proeza cubana repercutía en todas partes y para muchos (entre quienes había los excesivamente emocionales como algunos compañeros y yo, pero entre quienes había también “sesudos” analistas de la táctica y la estrategia), el traslado mecánico de lo ocurrido en la Sierra Maestra y en las calles de Santiago y La Habana, se hizo factible. Esta factibilidad era tanto más válida si contaba con la ayuda del nuevo régimen revolucionario y la solidaridad de los diferentes grupos progresistas del mundo. Al menos, eso se creía.



Visitar Cuba durante los festejos del 26 de julio de 1963 era atractivo y singular. En mi caso se llenaba de mayor plenitud. Casa de las Américas y la UNEAC eran centros de investigación, de libre acopio de ideas, de propuestas audaces en la literatura y experimentaciones en las artes plásticas. El cine se ofrecía como una clara expectativa. Eso, por un lado. Por el otro estaba la participación directa en tareas de enlace y propaganda para el movimiento venezolano. La situación resultaba incluso más atrayente porque había que salir semiclandestino a México, esperar allí la oportunidad en Cubana de Aviación y someterse a la requisita más inescrupulosa de la policía del aeropuerto, que le fotografiaba a uno hasta el alma y le imponía un sello, estigma en grandes caracteres: *Viaja a Cuba*. Cuando miré mi pasaporte marcado, envidié el viaje del Almirante, escoltado por sirenas o manatíes, en plena libertad de los mares y el cielo.



Al fin apareció debajo del avión la cola o la cabeza del gran saurio, ubíquense éstas en Pinar del Río o Baracoa. La isla estaba allí, verdorosa y palpitante. Llegamos con mucho retardo a causa de los problemas policiales en México. El aeropuerto de Rancho Boyeros –siempre me ha gustado llamarlo así– lucía solo a esas horas. Nuestro Jefe de Delegación, el dirigente sindical Roberto Hostos Poleo, realizó rápidamente los trámites y ya estábamos en camino directo, sin pasar por el hotel, hacia la Plaza José Martí, porque los actos celebratorios habían comenzado. La ciudad lucía desolada, un tanto triste, polvorienta, con casas descascaradas unas y abandonadas otras y grandes retratos de los héroes de la Sierra Maestra colgados en las esquinas. La monumentalidad me olió a stalinismo, pero no se me ocurrió comentarlo con nadie. Llegamos por detrás, hasta la tribuna. Allí había delegaciones de todo el mundo. Destacaban las de Argelia y Vietnam, y nosotros, representantes de los venezolanos que acababan de poner en calzoncillos a un alto oficial yanqui. Fuimos recibidos con alborozo y aplausos. El acto duró muchas horas. Y finalmente los manifestantes se tomaron de la mano y bailaron con ritmo caribeño *La Internacional*, para poder desconcentrarse sin alboroto ni incidentes.



El hotel Habana Riviera estaba hasta reventar. Desde la ventana, por supuesto, el mar, tan comentado. El malecón también, a veces invadido por las olas. Un movimiento encantado del blanco y el azul que volvió locos a los compañeros de Colón. Siguió presidiendo todos los textos de los poetas vivos y ha sido usado y desusado por esa *plaga única* dedicada al turismo revolucionario. También para mí el mar se quedó en los ojos. Sobre todo el mar de Varadero y el mar de Guahanacabibes, acompañado por la arena más tierna del mundo. Un ingeniero polaco, en su ingenuidad sobresaltada, creía que ese mar lo había producido el nuevo socialismo.



Un día vino a buscarme al hotel un personaje flaquito y desgarnecido. Quería invitar a los escritores de las delegaciones a un acto en la Casa de las Américas. Confieso que no le presté importancia. Pero cuando lo oí hablar, cuando escuché su punzante ironía, lo miré con atención. ¡Era Roque Dalton! Y desde allí para siempre con él, en las noches de La Habana, todavía movidas por el son, con la Bodeguita y El Floridita visitables libremente y los amaneceres en El Polinesio, donde se jugaron tantos decires sobre la revolución y América Latina. De vez en cuando nos acompañaba Roberto Fernández Retamar y también a veces Lisandro Otero. Ambos me hablaban de cómo fue terrible el stalinismo en tiempos de Escalante. Pero según ellos, nada de eso era posible ya, y la libertad de creación estaba asegurada.



Así como Onelio Jorge Cardoso se mostraba desbordante, a pulso sostenido de las palabras, escuchando ese palpito que según él me decía, *viene desde no sé donde a hablarnos no sé que lengua secreta*. Probablemente desde muy atrás. Más atrás de los hombres que querían irse con el Almirante, porque pensaban que regresaban al cielo. Pero hay uno que según se anota en el *Diario* no aceptó ir al cielo de los Reyes de Colón y *de noche oscuro quiso ir a tierra... el cual nunca retornó*. ¿Hacia qué profundidades viajó entonces ese remoto habitante de la isla? Quizás algún día se comunique con nosotros en su lengua secreta.



Cuando volví al hotel supe por algunas notas que me habían estado buscando. Alguien telefoneó en la tarde y dijo que pasaría al otro día. Entré en un automóvil Packard medio destartado pero que conservaba cierta dignidad. Había un chofer austero y otro acompañante. Dentro del auto se respiraba un evidente olor a policía, un poco el mismo olor del Edificio Las Brisas en Caracas por lo cual confirmé –y después ratifiqué en Fráncfort– que todas las policías son iguales, con mayor o menor eficacia en la represión. Por diferentes calles y barrios que nunca podré localizar se deslizó el automóvil hasta tomar las afueras de La Habana, hacia un sitio boscoso, donde había una casa grande, que antes debió

ser elegante y donde el auto finalmente se detuvo. Había hombres armados por todas partes y después de varias salas llegué a una habitación cargada de receptores, teléfonos, cables, papeles y metralletas. Al fondo, en una poltrona, semidesnudo para contrarrestar el calor, estaba el comandante Manuel Piñeiro, Barbarroja. Me dijo: “Oye compañero... hace poco el FALN tomó el Hatillo, un pueblo a sólo veinticinco kilómetros de Caracas... ¿Eso quiere decir que están listos para el asalto final?” Me detuve en la respuesta, medio perplejo, porque, ¿quién más que él podría conocer la verdadera situación? ¿Qué buscaba con la pregunta? ¿Trataba de sorprenderme? ¿O acaso él también era víctima de determinadas informaciones? Le respondí con naturalidad: “Tú más que nadie sabes que ese fue un acto de propaganda, cumplido por una de las Unidades Tácticas de Combate y no por las guerrillas. El Hatillo estuvo tomado apenas unas horas. Después los combatientes regresaron a sus bases en Caracas”. Dijo: “Bueno, entonces prepárate porque la lucha es larga. Vas a tener que regresar por las piedritas”. Y me señaló el mapa del Caribe que estaba detrás, donde las Antillas Menores caían en formación, unas después de otras, muy cerca de Venezuela. “De todos modos –continuó– aquí tienes tu pasaporte. Ya está curado. Cuando salgas de La Habana serás recibido en Praga por el corresponsal de Prensa Latina. Apréndete de memoria este papel y después lo pierdes. ¡Échale bolas!, como dicen ustedes...” Regresamos al hotel por la misma ruta desconocida. Me inquietaba mucho saberme agente de un modo repentino.



De nuevo en el Habana Riviera. El tráfago. Las delegaciones. Los actos. Esa noche sería bueno visitar a Bola de Nieve, me dijo Lilia Carpentier y nos envió hasta su apartamento de Miramar. Bola estaba lleno de discos, objetos, un dibujo dedicado por Picasso y una fotografía en la que lucía en el centro, flanqueado por Liu Tsao Chi y Mao Tse Tung. Se sentía orgulloso y nos dijo que *Drume Negrita* había tenido un éxito arrollador en China. Nos la cantó en chino. Mary Ferrero comenzó a grabar una entrevista. Una de las preguntas que le hicimos fue: “¿Por qué te quedaste con la revolución?” *Por tres razones –respondió– por negro, por cubano y por marica... Creo que ahora podré disfrutar sin discriminaciones.* Otra pregunta: “¿Cuándo descubriste que podías trabajar con tu voz?” Respuesta: *¿Qué voz?.* Nueva pregunta: “¿Qué es lo que menos te gusta de la revolución?” Respuesta: *Ay, mira, los comunistas... son muy pesaos.* Y abrió su gran boca y su risa esplendente. Murió sin saber si su disfrute hubiera sido total.



Roque Dalton vino a anunciar que se preparaban las celebraciones de la Virgen de Regla. Mientras llegaba Manuel Galich, ese guatemalteco generoso, presidente de la sección de Teatro de la Casa de las Américas, Roque me contó cómo un terremoto le había permitido fugarse de una cárcel de El Salvador. Me contó de un sujeto, del cual se hizo amigo los días en que los presos eran asoleados. Ro-

que le había dicho que él era poeta. En la próxima salida al sol, el tipo se presentó con un manojo de hojas y le leyó el comienzo: “Prólogo al extraordinario libro... del insigne poeta Roque Dalton, por M. Fuentes, contabilista y entrenador de fútbol”. No sé si Roque lo recogió en algún libro o si fue pura invención. Lo que no deja de ser rotundamente cierto fue ese viaje en una lancha por la bahía, toda invadida de brillos y sonajas, prolongada en candelas y sonidos, con un atronador golpe de tambores hasta llegar al pueblo y en cada casa se alzaban los altares, las diferentes representaciones de la Virgen, con sus faralaes, sus cintas, sus mantos de papel multicolor, los dioses africanos que hacían marco a su lado y todo aquel ceremonial efusivo, trepidante, secreto, ejecutado por el pueblo negro y extendido hasta las estrellas donde la divinidad era múltiple y sonora. Es probable que ella acompañe ahora a Manuel Galich, tan bondadoso. Es sin duda posible que acompañe a Roque, porque es quien más lo necesita, en su sacrificio glorioso, para condena eterna de sus asesinos.



Una lluvia inesperada, un gran viento y las olas del malecón de nuevo alzadas frente al hotel, fueron los últimos signos de la despedida. Quizás todavía el chequeo de las tareas a realizar y unos *mojitos* durante la noche, más el mensaje de Roque para que estuviera pendiente de dos campesinos salvadoreños y los ayudara a su llegada a Praga. El avión Britania partió repleto hasta los motores. Viajaban muchos chinos que después de años podrían ver la tierra de su infancia. Viajaban latinoamericanos y europeos. Debíamos hacer una ruta de ocho o más horas hasta Gander, Terranova, una isla que no oía nombrar desde que estaba en sexto grado. Allí era sólo un toque técnico y luego, por arriba del polo, hasta Checoslovaquia, durante diez horas más. El Britania casi corcoveaba. De casualidad no tocaba corneta para alejar los malos espíritus. Por fin estuvimos sobre el aeropuerto, dando más vueltas de las necesarias, porque antes debía aterrizar un TU soviético. Llegamos, al fin y, claro, había que ver ante todo el río Moldava, el barrio de la Malá Strana, el fantasma de Kafka y los apóstoles en redondel, que deberían salir a las doce. El contacto de Prensa Latina se ocupó del alojamiento y el contacto venezolano, miembro de la directiva de la UIE, me organizó una charla en los salones de la institución. Fue un grupo compuesto por sesenta estudiantes a los cuales les hablé de la lucha armada en Venezuela, y luego, en las intervenciones, me preguntaban que con cuántos tractores ayudaba Checoslovaquia al movimiento venezolano y otras cosas sin sentido. Después de la charla, cuando fuí con mi paisano a la taberna U-Fleku le pregunté si todos eran reblanqueados mentales. Él se murió de risa y me dijo: “No, vale, es que nada de lo que tu dijiste se lo tradujeron a la audiencia”.



La meta era París. Pero había que tocar antes en Bruselas para arreglar ciertos detalles relativos a las visas. A partir de aquí ocurren varios sucesos curiosos que po-



drían ser narrados en otra ocasión. Por lo pronto, estoy, en efecto en París, en compañía del actor Herman Lejster y del pintor Abilio Padrón, venezolanos que representaban al FALN en la capital francesa. Mi llegada les pareció estupenda, porque en esos momentos había tareas urgentes. Me informaron que toda la representación parlamentaria del PC y del MIR había sido desprovista de su inmunidad y puesta en la cárcel. Había habido una acción en el tren del Encanto, vía Caracas-Los Teques, con un saldo de nueve guardias nacionales muertos. Un hecho desproporcionado e inútil, pensé. Sin embargo, había que buscar solidaridad para los parlamentarios presos. Fui donde K. S. Karol. Le expliqué la situación venezolana. Le dije que las informaciones en el *Nouvelle Observeateur* estaban parcializadas. Él me dijo que *L'Express*, todavía medio progre, ya estaba cerrado. Pero que trataría de hacer algo. Y lo hizo. En la página del sumario logró meter un recuadro. En los días siguientes, se me ocurrió visitar a Claude Julien, a propósito de un editorial de *Le Monde*. Me escuchó con buena voluntad, pero me dijo: “Yo no tengo nada que ver con eso. No sé por qué se me ha colgado la etiqueta de experto en América Latina. Lo más que he hecho son algunas entrevistas afortunadas”. Me acordé entonces de Adamov. Fui a buscarlo al Old Navy y allí estaba como siempre con sus chancletas ruinosas. Le expliqué lo que ocurría y él mismo escribió la nota para *Liberation*. Días después, mis paisanos y yo visitamos al dibujante Siné y todo transcurrió entre buenos vinos, caricaturas agresivas y humor negro contra todas las formas de poder. Abilio y Hermann me dijeron que había todavía algo más: una revista llamada *Revolución*, que se publicaba en tres idiomas, a todo color, y que deseaba un texto sobre la violencia en Venezuela. Salió a la semana siguiente firmado con seudónimo. *L'Humanité* comentó el número, en una nota donde infamaba al Comité de Redacción, compuesto por un vietnamita, un argelino, un angoleño y un venezolano. A cada uno les endilgaba un historial de malhechores y de agentes de la CIA. Al venezolano, Amílcar Cabrera, se le decía tráfuga y traficante. Amílcar Cabrera no existía. Era el seudónimo que habíamos inventado.



Ahora quiero adelantarme algunos años. Cuando ocurrió el *Affaire Padilla*, yo firmé el famoso manifiesto que produjo la ruptura de gran parte de los intelectuales con las autoridades cubanas. Escribí un artículo, curiosamente en un periódico deportivo (¡vaya Cuba!), en una sección literaria, *Letra Meridiano*, que habíamos inventado y decidimos denominar al editorial *Strikes*. Se llamaba “Poeta, Socialismo y Libertad”. Yo decía allí: *Desde cualquier lado que se le considere, el Caso Padilla requiere atención y prudencia. Es una seria advertencia contra las sombras del stalinismo que parecen planear sobre la isla. Los enemigos de la revolución están felices. Un régimen que se siente terriblemente amenazado por las conversaciones y el libro de un poeta, no ofrece ninguna solidez. Hay algo podrido en Cuba. Esto y otras cosas más. Todos los reaccionarios del mundo sienten que se les da la razón. Es menester hablar claramente. El socialismo no puede construirse en la mentira y la simulación.*



El texto lo recibieron Juan Goytisolo y Plinio Apuleyo Mendoza en París. Simone de Beauvoir se entusiasmó, lo mandó a traducir y lo incluyó en el número de Junio-Julio de 1971 de *Les Temps Modernes*, junto a los escritos de José Revueltas y Carlos Fuentes, en un dossier especial de la revista sobre el *Affaire Padilla*. Ahora pienso que aquella frase del Almirante *quisiera hoy partir para la isla de Cuba*, me produjo sorpresas, emociones, aprendizajes, amistades y experiencias sin fin. Pero también me produjo terribles enemistades. La publicación en la revista de Sartre me ponía a girar por el mundo y yo, junto con unos pocos, era el mayor responsable de aquella afrenta a la revolución. No hubo conferencia o mesa redonda donde participara, en Maracaibo, México, Costa Rica, donde no se me increpara como un agente al servicio del imperialismo. A pesar de ello, uno estaba claro que todo se debía a la mala intención y el odio de algunos, pero en otros sólo había, como lo hay todavía cuando se habla de Cuba, una negativa a reconocer los hechos, un negarse a sufrir cualquier confrontación, un seguir aferrados a una endeble tabla de salvación para la soledad. No sé dónde estará hoy Padilla. No sé aún si es verdad su confesión. Nunca lo conocí.



En 1993, hace ahora tres años, la frase del Almirante volvió a revolotear. Regresé a Cuba, al mismo hotel Habana Riviera, invitado como miembro de un jurado, por Casa de las Américas. El distanciamiento se había cubierto de olvido. El mar, evidentemente –señor Valéry– era el mismo, quizás un poco más revuelto en sus embates contra el malecón. Ahora había, como me lo habían mostrado algunas fotos, muchachos tristes en la orilla, mirando hacia lo lejos. Los pasillos del hotel no eran bullentes ni se podía ir acompañado de amigos cubanos no oficiales ni al Floridita ni a la Bodeguita. Las bicicletas eran casi los únicos vehículos en circulación. Por la noche, apenas se encendían unas cuantas bombillas. Esto, en cuanto al paisaje de afuera. En cuanto al paisaje de adentro, vaya uno a saber hasta dónde llegaba la tristeza. En un hotel de San Antonio de los Baños fueron las lecturas y deliberaciones del concurso. Pasamos allí unos días quietos, pesadumbrosos. Algunas veces, más allá del jardín de la piscina, yo veía a Roberto Fernández Retamar y a Marcia Leiseca, con su sensibilidad, haciéndole frente a una especie de vacío que probablemente no podían definir. Una tarde, en una casa de Cubanacán, me reconfortó la presencia poética de Cintio Vitier y Fina García Marruz. Por algún lado andaba Luis Suardiaz, que siempre fue amigo de venezolanos. Un poeta hermano mío había provocado esa reunión. Cuando el veredicto ya había sido entregado, Marisol Cano, Roberto Burgos Cantor y yo, nos miramos desde un lejano deseo de llorar.



Otra vez, había que reanudar el viaje. Cristóbal Colón también lo hizo, pero ya había consignado, según dijimos antes: *es aquella isla la mas hermosa que ojos hayan visto*. Yo la concibo toda entera, en su extensión de saurio, manatí y sirena. Sus hombres, según repito y escribió el Almirante, son *flacos de corazón*. Es decir, poetas. Por ello esperamos un nuevo día en que haya que *partir para la isla de Cuba*.